

LA HIJA DEL CÓNSUL: GLORVINA FORT, UNA NORTEAMERICANA EN TÁNGER (CA. 1824-31)

Manuela Marín*

CSIC

mmarin67@movistar.es

RESUMEN

Glorvina Fort, hija del cónsul norteamericano en Tánger John Mullowny (m. 1830), pasó siete años en la ciudad en torno a 1824-31. En 1859 publicó un libro en el que relataba su experiencia en la ciudad norteafricana. Esta obra es el único relato de viaje escrito por una mujer sobre Marruecos en las primeras décadas del siglo XIX, a pesar de lo cual tanto el libro como su autora son muy poco conocidos. En este artículo se recogen los no muy abundantes datos que existen sobre Glorvina Fort y se analiza el contenido de su obra, que ofrece una visión de Tánger fuertemente marcada por su condición de mujer extranjera y por una visión casi etnográfica del espacio doméstico en la ciudad.

PALABRAS CLAVE: mujeres viajeras, Tánger siglo XIX, Glorvina Fort, relatos de viaje.

THE DAUGHTER OF THE CONSUL:
AN AMERICAN WOMAN IN TANGIER (CA. 1824-31)

ABSTRACT

Glorvina Fort, the daughter of the American consul in Tangier, John Mullowny (d. 1830), spent seven years in this city around 1824-31. She published a book on her experiences there in 1859. Although this is the only travel account on Morocco written by a woman in the first decades of the 19th century, both the author and the book are scarcely known. In this paper the scant information preserved on Glorvina Fort is presented, as well as an analysis on her travel account. The narrative of Fort experiences in Tangier is strongly conditioned by her position as a foreign woman, and by her nearly ethnographic descriptions of domestic spaces in the city.

KEYWORDS: women travellers, Tangier 19th century, Glorvina Fort, travel accounts.



9

INTRODUCCIÓN

Los libros de viaje escritos por mujeres han sido objeto de una notable atención en los últimos tiempos, habiendo producido ya una cuantiosa bibliografía que ha contribuido a ir definiendo las características más destacadas de esa clase de textos. No es cosa de desgranarlas aquí con detalle; baste con señalar que la construcción de una «mirada femenina» sobre las sociedades observadas durante un viaje contiene, para muchos autores, elementos distintivos ya señalados desde tiempo atrás (Eastlake): la adopción de un punto de vista subjetivo (en contraste con la supuesta mirada objetiva de los hombres); una mayor libertad de expresión al no estar condicionadas estas autoras por responsabilidades públicas; un interés por el ámbito doméstico que les era propio en sus sociedades de origen; el gusto por los detalles y la aversión a los conceptos generales... Todo lo cual, en realidad, recluye a las mujeres, como autoras de libros de viaje, en un espacio propio que es, al tiempo, netamente reductor (Robinson IX-X; García Ramon 108; Cerarols y Luna 16; Rouhette 12).

El relato de viaje que es objeto de este artículo pertenece, de entrada, a ese espacio: enmarcado por el ámbito familiar y doméstico de la autora, se sitúa en un contexto extraño a él, que condiciona su mirada tanto como lo hacía la sociedad de la que procedía. Se trata de Glorvina Fort, una norteamericana que vivió siete años en Tánger en un periodo situado entre los años 20 y los primeros 30 del siglo XIX, y que dejó constancia de su experiencia viajera en un libro muy poco conocido hasta ahora, como tampoco lo es su autora. Para analizar esa obra, propósito de estas páginas, es necesario tener en cuenta no sólo las características antes señaladas, algunas de las cuales se detectan fácilmente en su lectura, sino emplazarla en un marco de referencia que tenga en cuenta otros factores que deben conjugarse con el de género: etnia, nacionalidad, clase social, orígenes familiares, adscripción religiosa, educación, contexto histórico, etc. (Thompson 132).

Las escritoras norteamericanas publicaron un número notable de relatos de viaje durante el siglo XIX y algunos de esos textos alcanzaron cierta popularidad, sobre todo si sus autoras se habían distinguido con anterioridad por su producción literaria. Ése fue el caso, por ejemplo, de Harriet Beecher Stowe, la aclamada autora de *Uncle Tom's Cabin*, que publicó *Sunny Memories of Foreign Lands* en 1854, dos años después de la aparición de la obra que la había hecho famosa (Schriber 20). Muchas de las compatriotas de Stowe viajaron de preferencia, como ella, por Europa; otras emprendieron un periplo inspirado por el fervor religioso y llegaron hasta Tierra Santa, un viaje que a veces se combinaba con el de Egipto y otras regiones de Oriente Medio. Muy pocas se trasladaron al norte de África, y menos aún a Marruecos.

En el siglo XIX, el auge de los relatos de viaje escritos por mujeres en Estados Unidos se vio favorecido por factores económicos y sociales; el avance tecnológico

* ORCID: 0000-0002-2479-7312.



de los medios de transporte, las comunicaciones y la edición tuvo un impacto decisivo en la proliferación de esta clase de literatura, como también sucedió en algunos países europeos (Caballer 16). Los viajes hacia Oriente, entendido este concepto de una forma amplia, que habría de incluir el norte de África en el imaginario colectivo norteamericano, se incrementaron por razones religiosas, como se acaba de indicar, pero también por un creciente interés en esas regiones y por la difusión de literatura relacionada con ellas. Un orientalismo temprano floreció en Estados Unidos de la mano de la extraordinaria difusión de las traducciones de *Las mil y una noches* y de una literatura popular que se inspiraba en ellas (Nance 21-25). A esto pueden añadirse, para los primeros decenios del siglo XIX, que es el que aquí nos interesa, la floreciente literatura sobre naufragios en las costas atlánticas de Marruecos y el Sahara, que produjeron una serie de testimonios autobiográficos de cautivos, y las guerras llamadas de Berbería, que enfrentaron a la flota norteamericana con Argelia, Túnez y Libia entre 1801-1805 y 1815 (Blum; Baepler; Rosenblatt 55). Los temas orientales –incluyendo en ellos los norteafricanos– no eran, por tanto, desconocidos para la opinión pública norteamericana. Ha de recordarse, en este contexto, que Marruecos había sido uno de los primeros países en establecer relaciones diplomáticas con Estados Unidos, mediante el tratado firmado en 1786.

A pesar de ello, no fueron muchos los viajeros norteamericanos que visitaron Marruecos durante las primeras décadas del siglo XIX: se tiene noticia de dos, antes de 1845, y de seis más, entre esa fecha y 1860 (Roberts 135). En ese periodo, la única mujer que estuvo en Marruecos fue la que es objeto de este trabajo. El número de viajeros y, aunque en menor medida, de viajeras fue aumentando con el correr del siglo y a finales del XIX y principios del XX se encuentran otros nombres de mujer, entre los que sobresale, por su fama como novelista, el de Edith Wharton (Simour; Santana). El nombre de Fort destaca, desde luego, por su singularidad en una época ciertamente poco transitada por viajeras de cualquier nacionalidad.

Hay no obstante un aspecto en el que esta singularidad no lo es tanto. Hay precedentes de la estancia de Fort en el norte de África (aunque no en Marruecos) y su presencia responde a razones idénticas a las que la llevaron hasta Tánger. Conviene tenerlas en cuenta para mejor calibrar las circunstancias en las que transcurrió su estancia en la ciudad marroquí.

Hay un tipo de viajeras que han sido calificadas de «accidentales» (y entre las que se incluyen figuras tan destacadas como Isabel Burton o, en Marruecos, Emily Keene) por haber viajado «por defecto», es decir, llevadas a ello no por propio interés, sino por su condición de esposas, hijas o familiares de viajeros o profesionales que se desplazaron a lugares lejanos en su compañía (Robinson 227-252; Schriber 2). Glorvina Fort pertenecía al grupo de mujeres, miembros de la familia de un enviado diplomático, que escribieron relatos sobre la estancia en su país de residencia. En el ámbito norteafricano, dos viajeras británicas son relevantes a este respecto, como precedentes de Fort: miss Tully, cuñada del cónsul de su país en Trípoli en 1783-1793, y Elizabeth Broughton, hija del cónsul británico en Argel en 1806-1812 (Tully; Broughton). Como pertenecientes al entorno íntimo de un representante diplomático, estas mujeres tuvieron acceso a información política y a contactos con las capas altas de la sociedad en la que vivían, visitaron los hare-



nes de los potentados y dejaron constancia de los problemas que afectaban a las relaciones internacionales de su tiempo, sin olvidar, por otra parte, los «detalles» de carácter doméstico que podían atraer a posibles lectoras (Robinson 231 y 248; Colbert). Veamos a continuación cuál fue la contribución de Fort a esta tradición de «viajeras accidentales».

1. GLORVINA FORT: UNA VIDA ELUSIVA

Los datos que se tienen sobre su biografía proceden, prácticamente en su totalidad, de su propia obra, que se compone de dos títulos: *Coos-Coo-Soo. Letters from Tangier, in Africa* (1859)¹ y *Our Twenty Helps and Why We Parted* (1881). Sólo en el segundo de estos libros, cuyo tema no tiene nada que ver con el anterior, aparece el nombre propio de la autora; en el primero, que es el objeto de este estudio, la mención de autoría es únicamente «G. Fort». No es de extrañar que los pocos estudios que mencionan este libro den por supuesto que se trata de un hombre, del cual suponen que fuera un «American consular employee» o un norteamericano que vivió en Tánger a mediados del siglo XIX (Roberts 157; Chipulina); ambas suposiciones, como se sabe ahora, han resultado erróneas. Pero la supresión de su nombre propio y, por tanto, de su identidad de género no era casual, y parece radicar en un sentimiento generalizado entre muchas autoras de su época: ocultar su personalidad bajo un seudónimo o expresiones como «A Lady» respondía a la presión ambiental sobre la conveniencia de que las mujeres de buena posición no expusieran públicamente su identidad (recuérdese que Jane Austen utilizó ese subterfugio en sus primeras novelas).

Pero Glorvina Fort parece haber ido algo más allá: es difícil encontrar, a lo largo de su obra, la menor indicación autobiográfica, a pesar de que, como cualquier relato de viaje, está escrito en primera persona. Se pueden reconocer sus opiniones y emociones, descritas con sencillez e incluso candor; pero los detalles que harían factible reconstruir su itinerario vital deben deducirse o buscarse en otras fuentes de información. Los personajes que Fort nombra en su texto y que forman parte de su entorno sólo se identifican, y no siempre, con la letra inicial de su apellido. Es así como se sabe que vivía en Tánger en casa de un enigmático «Mr. M.», que no era otro que su padre, el cónsul norteamericano John F. Mullowny, quien ejerció su cargo entre 1821 y 1830².

¹ El antetítulo («Coos-Coo-Soo») parece un guiño humorístico que utiliza el nombre del plato «nacional» marroquí, el cuscús, como indicador del ámbito doméstico en el que se sitúa el texto; pero no se sabe si fue una elección personal de la autora o una sugerencia editorial. En los recetarios árabes medievales, este plato se designa con la voz *kuskusū*, que coincide con la transcripción usada por G. Fort.

² Un hijo de Mullowny, de su mismo nombre (John F. Mullowny), fue también cónsul en Tánger entre 1842 y 1845 (<http://www.historicaltextarchive.org/sections.php?action=read&artid=34>).

Si sobre Glorvina se tienen muy pocas noticias, las que hay sobre su padre son más abundantes. Las razones para ello son obvias: John Mullowny ejerció funciones públicas de cierta importancia, mientras que la vida de su hija se desarrolló exclusivamente en el ámbito familiar.

Los padres de Mullowny, irlandeses, emigraron a Estados Unidos y se instalaron en Filadelfia, donde nació su hijo John en 1769. Éste tuvo una carrera muy diversificada: después de participar en la guerra de la Independencia norteamericana y llegar a ser capitán de la Armada, pasó un tiempo en su ciudad natal como industrial, para finalmente ser nombrado cónsul de Estados Unidos en Tenerife y, a partir de 1821 y hasta su muerte en 1830, en Tánger (Hall 100-109; Fernández-Daza 32). Se trataba de un itinerario vital que corresponde bien a una época en que los cónsules occidentales no estaban aún completamente profesionalizados y era común que procedieran de familias dedicadas al comercio o de las filas del ejército; así fue el caso con varios de los cónsules europeos que ejercieron su cargo en Tánger en los años en que los Mullowny, padre e hija, vivieron allí. Tampoco debe llamar la atención la larga duración de su estancia como cónsul en la ciudad norteafricana, ni que su hijo John ocupara el mismo puesto años después; eran, asimismo, prácticas usuales entre los representantes consulares occidentales ante el sultán de Marruecos.

No se sabe con exactitud cuándo llegó Glorvina Mullowny a Tánger. En su libro, las referencias cronológicas son escasísimas. En el breve prefacio de la obra, dice que permaneció allí durante siete años y se sabe que estaba en Tánger en 1825, porque relata un episodio que, según el testimonio de otro viajero contemporáneo, tuvo lugar en ese año (Beauclerk 23-24). Como ella dice que el episodio sucedió al poco tiempo de su llegada a Tánger, es de suponer que, para llegar a los siete años de su estancia, habría permanecido allí algún tiempo después de la muerte de su padre en 1830. Es posible que durante ese tiempo ejerciera como «señora» de la casa del cónsul, ya que no he podido encontrar información sobre su madre. Si ésta había muerto, era lógico que Mullowny se hiciera acompañar de su hija para tomar a su cargo esas funciones, que tenían cierta importancia en las relaciones entre unos y otros cónsules; pero esto no pasa de ser una suposición.

Glorvina Mullowny volvió a Estados Unidos en fecha no precisada, probablemente después de la muerte de su padre. Su hermano John debió de quedarse en Tánger, donde llegaría a ser cónsul norteamericano. En 1838, Glorvina estaba casada con un médico, David M. Fort, y ambos aparecen en un documento legal como vendedores de las propiedades que ella había heredado de su padre en Pensilvania (Laws 25). De su vida posterior apenas se sabe más que lo que ella misma deja traslucir (que no es mucho) en el segundo de sus libros, dedicado al recuento, a veces con ciertos tintes humorísticos, de las veinte criadas que tuvo a su servicio durante su vida matrimonial. Más interesante para una sociología del ama de casa norteamericana en el siglo XIX que por otras razones, sólo hay en este segundo libro alguna velada alusión a la estancia de su autora en el norte de África. De su matrimonio con David Fort, Glorvina tuvo una hija, Clara Janetta, que fue bibliotecaria y autora de libros infantiles; en una breve reseña de su vida se menciona que se oponía a conceder el voto a las mujeres (Leonard 241).



No se conocen las fechas de nacimiento y muerte de Glorvina Fort y, como se ve, grandes áreas de su vida y su personalidad permanecen ocultas, quizá por propia decisión o también, al menos en parte, porque no alcanzó la notoriedad suficiente como para que se conservara de ella una memoria más amplia. En el mismo caso se encuentran algunos viajeros que estuvieron en Marruecos entre finales del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX y que, como Fort, fueron viajeros «accidentales»: un buen ejemplo lo constituyen varios relatos de viajes escritos por médicos que viajaron allí para ejercer su profesión y de los que no se conocen más datos que los que figuran en sus propios libros. Sin embargo, en el caso de Fort, el carácter de su obra indica una decidida voluntad de discreción respecto a su persona y a sus relaciones más cercanas que sitúa a su yo narrador en un espacio definido por el distanciamiento y la elusividad. En esto se diferencia por completo de la actitud autoral tomada por Elizabeth Broughton o Miss Tully.

2. TÁNGER, DESTINO DIPLOMÁTICO

¿Sabía algo Glorvina Fort de Marruecos cuando llegó a Tánger con su padre? Es imposible responder a esta pregunta, pero sí remitir a las imágenes sobre el país norteafricano entonces difundidas tanto en Estados Unidos como en Europa y que se habían creado, como se ha indicado antes, a partir de una mezcla del exotismo orientalista de *Las mil y una noches* y los relatos de cautividad de los marinos occidentales que habían naufragado en las costas atlánticas de Marruecos (Thomas 3); algunas de estas tripulaciones se dedicaban a la trata de negros, pero esa cuestión se suele obviar en los relatos de los supervivientes que se publicaron y tuvieron gran difusión. El despotismo de las autoridades, el retraso civilizacional de la sociedad, la opresión de las mujeres o el fanatismo religioso eran otros tantos tópicos utilizados en las descripciones al uso de Marruecos y sus habitantes, comunes, por otra parte, a toda la literatura occidental heredera de la Ilustración (Thomson).

Desde finales del siglo XVIII, Tánger se había convertido en la «capital diplomática» marroquí. El sultán Sīdī Muḥammad b. ‘Abd Allāh (r. 1757-1790) había concentrado allí, en 1788, los consulados de las potencias europeas y la ciudad se transformó a partir de entonces en residencia permanente de los cónsules, a cuyo alrededor se formó un entramado de servicios (intérpretes, empleados de cancillería, comerciantes europeos y marroquíes, tanto musulmanes como judíos) y relaciones de toda clase que dieron a Tánger un toque distintivo entre las demás ciudades marroquíes. La presencia de una importante minoría judía, junto a la población de cristianos extranjeros, y el activo comercio con Gibraltar y otros puertos mediterráneos favorecieron el incipiente carácter cosmopolita de la ciudad.

John Mullowny era uno de los ocho cónsules residentes en Tánger en los años 20 del siglo XIX, cuando reinaba en Marruecos el sultán ‘Abd al-Raḥmān b. Hišām (r. 1822-1859); vivían allí, además, los representantes de España, Portugal, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Países Bajos. Muchos de ellos, como Mullowny, se habían trasladado a Marruecos con sus familias, formando así, entre todos ellos, un grupo profesional pequeño pero unido por estrechas relaciones; se ha dicho de



ellos que vivían en «un clima hecho de intimidad y soledad, de sólidas amistades y agrías enemistades» (Miège 18-24). A las antipatías o simpatías personales había que añadir, en efecto, las rivalidades nacionales en defensa de sus propios intereses y, no menos importante, las producidas por la rivalidad comercial entre los cónsules, que, a menudo, tenían negocios privados.

Glorvina Fort describe las formas de sociabilidad de esta colonia de exiliados voluntarios compuesta por personas de orígenes e intereses muy diversos. Al contrario que sus predecesoras en Trípoli y Argel, no hace ninguna incursión en la actividad política de los cónsules, ni siquiera la de su propio padre. Su espacio de predilección es el de la vida privada, que se desarrolla en las casas, los jardines de las residencias extramuros de algunos cónsules, o el territorio cercano a Tánger donde se hacían excursiones campestres y los hombres cazaban; no menciona, sin embargo, la celebración de bailes, atestiguada por otras fuentes, como se verá más adelante, y que se organizaban también en el consulado de Argel (Broughton 123).

Las tareas específicas de los cónsules, como representantes de su nación, se realizaban a través del bajá de Tánger y el administrador de la aduana, es decir, en un doble plano político y comercial. De nada de todo eso hay constancia en el relato de Glorvina Fort, que tampoco se refiere a una de las ceremonias más importantes de las relaciones del sultán con los cónsules: para refrendar su estatus diplomático, tras llegar a Tánger el cónsul debía acudir a la corte del sultán en el interior de Marruecos para hacerle entrega, en nombre de su soberano, de valiosos regalos, lo que también se hacía cuando llegaba al trono un nuevo sultán. Nadie que lea hoy día el relato de Glorvina Fort puede imaginar todo este entramado político y ceremonial, que indudablemente debió de conocer, pero que, como otras muchas cosas, no consideró necesario incluir en su narración. Esto no resta valor a su testimonio, que retrata, de un modo muy diferente al de los viajeros que visitaron Marruecos en esa misma época, la vida de una mujer joven, dotada de un gran poder de observación y curiosidad, en un entorno extraño y sorprendente para ella.

3. LAS «CARTAS» DE GLORVINA FORT DESDE TÁNGER

El primer problema que plantea este texto es el amplio margen de tiempo transcurrido entre la supuesta redacción de las cartas y su publicación: desde los años 20 del siglo hasta 1859.

En un breve prólogo, la autora da una explicación poco convincente, según la cual sus amigos la habían instado a publicarlas, sin decir por qué tardó tanto en responder a esas instancias, que, por otro lado, eran un recurso habitual para justificar la publicación de determinados textos.

Las 48 cartas que componen *Coos-Coo-Soo* están dirigidas a un (o una) misterioso «dear friend» que sólo se identifica por la inicial «J.» en alguna ocasión. El recurso a las iniciales para ocultar la identidad de las personas se sucede a lo largo del texto; ya se ha visto que el propio padre de la autora se cita como «Mr. M.». Por otro lado, la lectura de las cartas como artefacto literario lleva a pensar que Glorvina Fort reelaboró documentos anteriores (cartas reales, diarios) para darles la forma





en que se publicaron y a las que luego se añadieron fechas de día y mes (no de año) para dar mayor verosimilitud a un texto pretendidamente epistolar. Recurrir a esta fórmula era frecuente en el siglo XVIII y se encuentra igualmente en viajeros contemporáneos de Fort, por no mencionar las célebres cartas de lady Montagu –que también las reescribió para ser publicadas (Murphy 29)–. En el caso de Fort se sabe con precisión cuándo preparaba su texto: al referirse al sultán Muley ‘Abd al-Raḥmān (r. 1822-1859), tras afirmar que «his reign has been unusually long», declara que ha conseguido tener buenas relaciones con Inglaterra y Francia «until the present year 1856» (Fort 271), año en el cual, obviamente, redactaba la versión definitiva de sus cartas. En ellas se comprime un largo espacio de tiempo –siete años– a través de un recorrido temporal mucho más limitado (muy poco más de un año), datado únicamente con el día y el mes de la fecha³.

Entre la experiencia y la escritura hubo, pues, un largo tiempo en el que la autora pudo recurrir a lecturas diversas para completar sus impresiones y recuerdos. Que había leído, al menos, relatos de viajeros norteamericanos que cruzaban el Atlántico lo demuestra que, en su primera carta, afirme que omite narrar esa parte de su viaje por ser ya bien conocida del público lector (Fort 9). Aunque en esta época no abundaron los viajes desde Estados Unidos a Marruecos, sí se habían publicado relatos de viajeros de otras nacionalidades y es posible que alguno de ellos estuviera al alcance de Glorvina Fort. En todo caso, su experiencia no procedía únicamente de una cultura libresca; había vivido en Tánger y había tenido ocasión de conversar con el pequeño grupo de cónsules residentes, algunos con amplios conocimientos sobre Marruecos. Con todo lo cual se comprende mejor hasta qué punto se reproducen en *Coos-Coo-Soo* muchos de los estereotipos dominantes entonces en la literatura sobre el país y que insisten, como hace su autora, en la indolencia y pasividad de sus habitantes, la morosidad con que atienden a todos los negocios de la vida diaria, la opresión a la que son sometidos por un sultán despótico, o la sumisión y falta de libertad que afligen a las mujeres de aquel atrasado y poco civilizado país. El tema de la decadencia de la sociedad marroquí, tan común en todos los relatos de viaje, no es descartado por Fort, que recurre a la autoridad de su padre, el cónsul Mullowny, para confirmar la degradación que aflige a un pueblo cuyo descenso demográfico es claro síntoma de declive social (Fort 178); olvidaban ambos que la pérdida de población se debía a una serie de catástrofes naturales –sequías, hambres, pestes, en especial la hambruna de 1825– que habían afectado gravemente el equilibrio demográfico del país (Abitbol 292).

Este discurso occidental sobre Marruecos no se insertaba aún en el marco de un proyecto abiertamente colonial; las ambiciones europeas sobre ese territorio se hallaban a comienzos del siglo XIX en un periodo embrionario y el sultán todavía se relacionaba en pie de igualdad con las potencias extranjeras –el punto de inflexión

³ Como la carta n.º xv está fechada un 29 de febrero desde Tánger, debe corresponder a 1824, que fue un año bisiesto, ya que Fort menciona un hecho sucedido no mucho después de su llegada y que, como se ha dicho, por otras fuentes se sabe que ocurrió entre 1825 y 1826.

se suele situar en 1830 (inicio de la conquista francesa de Argelia y derrota marroquí ante el ejército francés en Isly), y la independencia marroquí sería más o menos efectiva hasta 1912—. Situar el texto de Glorvina Fort en un contexto colonial supondría, por tanto, alterar su perspectiva histórica; pero no cabe olvidar que sus apreciaciones sobre Marruecos son, en buena parte, idénticas a las que se observan durante el periodo propiamente colonial, y que, en cualquier caso, están presididas por una viva conciencia de la superioridad de la civilización occidental sobre cualquier otra.

Esta conciencia, para Fort, se funda en unas firmes creencias religiosas cuya expresión se da con gran frecuencia en las páginas de su libro; basadas, según dice, en su «native-born quakerism» (Fort 43), explican en gran medida muchas de sus actitudes personales, como su convicción de que la única salvación de los «moros» estará en su sometimiento a un poder exterior que consiga atraerlos hacia la única religión verdadera. No es un tema original (lo comparten otros muchos autores, anglosajones o no), pero su expresión permea de forma muy insistente las reflexiones de Fort sobre Marruecos y los marroquíes.

Mucho más personales y de más interés resultan las páginas en las que Fort se plantea su propia posición en Tánger y cómo su estancia allí influye en su vida y en sus relaciones; la expresión de su experiencia en un contexto radicalmente ajeno al suyo propio se traduce en la selección —no siempre buscada deliberadamente— de temas recurrentes que atraviesan, como el religioso, toda la obra. Destacan entre ellos el sentimiento de soledad y aislamiento, la querencia de libertad, la nostalgia del hogar lejano o el gusto por el paisaje y la naturaleza.

Nada dice Glorvina Fort sobre las personas que vivían con ella y su padre en la casa consular, pero todo hace pensar que no tenía otra compañía, fuera de la del cónsul, que la de sus criadas. En una ocasión en que se había organizado una salida campestre con la familia del cónsul británico y otros europeos, los hombres salieron con antelación el día anterior y Glorvina se quedó sola en su casa, porque las criadas, judías, pernoctaban en las suyas (Fort 250). Durante su estancia en Tánger, la azotea de la casa consular se convirtió para ella, como para las mujeres musulmanas, en un espacio de ocio y descanso: allí paseaba al atardecer y allí organizó un pequeño jardín en tiosos de cerámica pintada que su padre había hecho traer de Málaga (Fort 184). Desde allí también oía los sonidos de la ciudad, que describe con gran viveza: la llamada del almuédano; el crotoreo de las cigüeñas, los gorjeos de otros pájaros y los rebuznos y bramidos de burros y camellos; los rumores del zoco, las canciones de los albañiles cuando trabajan, los mendigos y su cantinela, el eco de los molinos domésticos en las casas, los ladridos de los perros por las noches... (Fort 175). Pero esta animada retahíla sonora no le impide concluir que, a lo largo del día, el silencio domina la ciudad, en cuyas calles no resuena el paso de vehículos ni se escucha el tañido de las campanas. Y ese silencio es, para ella, otro signo de debilidad, de decadencia, de descomposición de la ciudad.

Es en Tánger donde Glorvina Fort descubre su ansia de libertad. No soportaba bien las imposiciones que se hacían a una persona como ella, una mujer joven y extranjera, para circular libremente de un lado a otro. Las normas de comportamiento de los cónsules y sus familias exigían que en cualquier salida fueran acompañados de uno de los guardias del consulado, o que (y esto se aplicaba a toda la





población) si se abandonaba la ciudad durante el día, había que volver a ella antes de que, al anochecer, se cerraran sus puertas. No era tampoco fácil, para alguien no habituado a ello, entender el entramado urbano de Tánger, organizado en torno a calles estrechas que con frecuencia terminaban en callejones sin salida; su descripción del camino desde el puerto hasta el consulado, el día de su llegada, es reveladora a este respecto (Fort 70-73). Para Glorvina Fort, la ciudad, que tan hermosa le había parecido desde el barco que la llevaba, con sus casas blancas ornadas de parras e higueras, se había convertido en una prisión que ahogaba su libertad; no es de extrañar que los momentos más felices que describe sean los de sus paseos a caballo por la playa, en el huerto del consulado o por los alrededores de Tánger, donde daba rienda suelta al gozo de la contemplación del paisaje. Mientras la ciudad la cohibía, la visión de las flores que alfombraban el campo en primavera la llenaba de entusiasmo.

Y no eran sólo el marco urbano y sus limitaciones: de súbito se veía constreñida por la «etiqueta consular» que regulaba rígidamente el régimen de visitas entre los cónsules y sus familias, de manera que, como recién llegada, debía esperar a ser visitada formalmente y devolver de modo igualmente protocolario las visitas, en un proceso que se alargaba durante semanas o meses (Fort 98). En más de una ocasión manifiesta su rechazo a estas regulaciones que tan difícil hacían el establecimiento de lazos personales de cierta calidad entre los miembros de la sociedad consular.

Pero es sin duda la nostalgia del hogar el elemento que con mayor insistencia se destaca en el relato de su residencia en Tánger. Nunca deja de sentirse una exiliada, alguien que no ha escogido voluntariamente su destino y que se resiste a aceptarlo. La contemplación del océano, tan presente en Tánger, despierta irresistiblemente el deseo de la vuelta a casa; la idea de que su inalcanzable lugar en el mundo es un hogar lejano se repite varias veces a lo largo del texto. En el huerto del consulado, pisar la tierra traída por su padre desde Norteamérica para intentar el cultivo de un melocotonero fue una pequeña satisfacción para su morriña; la expresión «far, far away from home» se repite para subrayar la distancia física y mental que la separa de su hogar (Fort, 89, 120, 215, 249). El único poema que reproduce en su libro gira en torno a ese mismo tema (Fort 31)⁴.

Ese deseo de retorno al hogar original, auténtico y nunca sustituido en el exilio, marca sin duda la experiencia vital de Glorvina Fort en Tánger, como viajera «accidental» que acusaba la imposición de la ausencia en tanto que giro imprevisible del destino. El breve prefacio a su libro se inicia con una frase reveladora: «It was once my lot to reside, during seven years, in Tangier, on the coast of Africa» —que no desmerece del famoso «I had a farm in Africa, at the foot of the Ngong Hills», de Isak Dinesen, aunque las circunstancias de ambas autoras fueran tan diferentes—.

⁴ Los dos primeros versos de este poema, titulado «On the pleasure of receiving letters from home, when in a foreign Country», pertenecen al que lleva por título «The Native Melody, supposed to be repeated by an Exile», obra de David Macbeth Moir (1798-1851) y publicado en *Blackwood's Edinburgh Magazine*, LIV, vol. x (1821), p. 301.

La nostalgia del hogar se entrelaza, a lo largo del libro de Glorvina Fort, con otro tema o, mejor dicho, otro lugar de predilección en sus observaciones sobre la sociedad marroquí: el ámbito de la domesticidad. Es en ese espacio donde la autora se siente cómoda y despliega sus dotes de observación, que son muchas y muy perceptivas. Sin desprenderse de los estereotipos aludidos más arriba, la mirada de Fort se detiene en los espacios que le son más familiares y sobre los que sabe que puede extenderse con conocimiento de causa. Las alusiones a temas políticos, económicos, administrativos o judiciales, tan importantes en los relatos de viaje de muchos viajeros, son prácticamente inexistentes y se limitan a reproducir algunos manidos tópicos, como el despotismo del sultán y su supuesta condición de dueño y señor de las vidas y posesiones de todos los marroquíes, de todo lo cual puede disponer a su antojo (Fort 82-83, 271; Grosrichard). El espacio doméstico se convierte, así, en lugar privilegiado de su mirada, no sólo porque estaba entrenada para ello como lo estaban las mujeres de su época, sino porque, por eso mismo, disponía de instrumentos propios para comprenderlo y analizarlo.

Debe advertirse, por otro lado, que a pesar de su nostalgia por el mundo que había dejado atrás, Glorvina Fort no dejó de interesarse por el nuevo entorno de su vida. Ya en la travesía del Estrecho de Gibraltar, observaba atentamente a los viajeros marroquíes, su atuendo, su modo de sentarse y de moverse, su estilo de hablar y de reír; no en vano, dice, va a compartir con ellos lo que será sede de su nuevo hogar. Su conclusión no es muy alentadora: no parecían ser miembros de un pueblo feliz y alegre (Fort 49-50).

El interés de Fort no decayó tras esta primera impresión. Una muestra indiscutible de ello es que durante su estancia en Tánger estudió árabe, cosa que no era muy común entre los occidentales allí asentados, que podían entenderse con la población en la *lingua franca* de la época (en el caso de la ciudad del Estrecho, un español más o menos adulterado). O si no, recurrían a los servicios de los intérpretes locales, la mayor parte de ellos judíos que dominaban, como las criadas de Glorvina Fort, el árabe, el hebreo y el español (Fort 163). Pero es de suponer que prefería mantener un contacto directo con los marroquíes y para ello tomó lecciones de árabe con un judío tangerino⁵. De hecho, sus cartas están salpicadas de transcripciones (un tanto pintorescas) de frases y palabras en árabe, como para demostrar su conocimiento de la lengua; además, en alguna ocasión se presenta a sí misma conversando con criados o guardias en su propio idioma. No se sabe hasta qué punto su nivel de árabe sobrepasaba lo que se conoce como «kitchen Arabic», empleado por las mujeres del *establishment* colonial en Egipto y Sudán para entenderse con la servidumbre y dar órdenes en el ámbito doméstico (Gaul 1; Cohn 39-45). Pero el caso es que su deseo

⁵ Esta información no se encuentra en el texto escrito por Glorvina Fort; procede de Manuela Marín, *Un exilio español: los liberales en Tánger (1823-1826). Un nuevo texto para su estudio*, Universidad de Oviedo (en prensa), donde se editan las memorias de un anónimo exiliado español que conoció a la hija del cónsul norteamericano.



de poder utilizar ese instrumento de comunicación subraya su interés por eliminar las limitaciones de su experiencia tangerina o, al menos, suavizarlas.

Fuera a través de contactos personales o por observación propia, las descripciones que hace Glorvina Fort de los espacios domésticos son enormemente interesantes, porque no suelen aparecer en relatos de otros viajeros y tampoco en las fuentes árabes para este periodo, que son escasas y tienen un carácter exclusivamente cronístico. Su clasificación y descripción de las casas en seis categorías, acordes con su tamaño y la posición socioeconómica de sus dueños, son un buen ejemplo de ello (Fort 147-160) y contienen una gran riqueza de detalles sobre la distribución de las casas, su decoración y mobiliario, así como las funciones de sus diferentes espacios, entre ellos la cocina (Gaul 64).

Uno de los mejores ejemplos de las dotes de observación de Glorvina Fort es su descripción del trabajo de los albañiles (Fort 143-144); pero no le van a la zaga otras páginas, como las dedicadas a trabajos artesanos, usos indumentarios y alimenticios (las páginas sobre el cuscús son de un detalle extraordinario) o ceremonias como las bodas, tanto las musulmanas como las judías (Fort 134-41, 203, 127-28, 151, 283). A lo largo del texto se van insertando igualmente consideraciones, más breves, sobre temas como los diferentes grupos sociales y étnicos que convivían en Tánger (judíos y negros en especial), las míseras condiciones de vida de los más pobres, el consumo de kif o las procesiones de los 'isāwa, una de las cofradías religiosas que más llamaban la atención de los viajeros extranjeros en Marruecos.

Como no es posible detenerse en estos y otros temas que aparecen regularmente en la literatura de viajes sobre Marruecos y que requerirían mucho más espacio del aquí disponible, se ha seleccionado entre ellos uno insoslayable: cómo describió Glorvina Fort a las mujeres marroquíes que pudo conocer en Tánger y en qué medida su mirada estuvo condicionada o no por su género y su posición como extranjera y miembro de un entorno diplomático; sin olvidar sus relaciones con otras mujeres no marroquíes que aparecen en las páginas de su libro y cuya imagen especular permite matizar la visión de Fort respecto a unas y otras.

4. MUJERES EN TÁNGER

No son escasas las referencias a mujeres marroquíes en la obra de Glorvina Fort. Habría que diferenciar entre las descriptivas, que son las más interesantes, y aquellas en las que manifiesta una opinión moral sobre su condición, coincidiendo con la corriente general, ya señalada, de considerar la opresión de las mujeres como un síntoma de la degeneración de la sociedad marroquí.

Las mujeres que vivían en Tánger y que Glorvina Fort veía en sus salidas del consulado ocupan con frecuencia una categoría uniforme, que aparece sistemáticamente en los relatos de viaje, tanto de esta época como de las posteriores: se trata de mujeres anónimas, casi siempre en grupo, y arropadas en las vestiduras que las despersonalizan a ojos del observador. Son parte del paisaje, por tanto, y como tal son entendidas (Romero 133). Así, los pequeños grupos de mujeres que se encuentran en el camino al huerto del consulado, fuera de las murallas de Tánger; o las señoras



vestidas con sus mejores jaiques, bien maquilladas aunque sólo enseñan un ojo y que contemplan entusiastas el «juego de la pólvora» (*lab al barode* en transcripción de Fort) mientras lanzan sus lelilés (Fort 35 y 195).

En otras ocasiones, Glorvina Fort va más allá y se interesa por el trabajo que desarrollan algunas mujeres, como las lavanderas que contempla a orillas del río del Judío, cerca de la ciudad. Se detiene con atención en el desarrollo de esa tarea con una precisión casi etnográfica, de manera que consigue establecer un precioso documento sobre un trabajo totalmente ignorado en otra clase de testimonios. Es una faena concienzuda y dura, que requiere gran fuerza física y que consta de una serie compleja de fases que Fort debió de conocer haciendo una indagación particular al respecto. El espectáculo de las mujeres lavando en el río y transportando luego a hombros la ropa mojada hasta sus casas, donde procederán a su blanqueo, secado y perfumado, la hace reflexionar sobre la condición brutal de la vida de las mujeres en África, que equipara a la de las bestias de carga –por cierto, uno de los *topos* más repetidos en la literatura de viajes sobre Marruecos (Fort 117-18; Marín)–. La dureza y monotonía del trabajo de las mujeres aparece también cuando explica cómo se confecciona el cuscús en las casas: una tarea, dice, muy tediosa y que consume la mayor parte del tiempo de las amas de casa o de sus criadas, cuando las tienen (Fort 127-129). No deja de ser ilustrativa la comparación de la receta de Fort con la que, poco tiempo atrás, había recogido Elizabeth Broughton en Argel (Broughton 420-421).

Es evidente que Glorvina Fort dedicó un interés particular a las vidas de las mujeres marroquíes con las que compartía el espacio urbano de Tánger. El gran acontecimiento en la vida de estas mujeres, su matrimonio, ocupa buena parte de ese interés, con descripciones muy detalladas de las ceremonias prenupciales y nupciales y una atención especial en la novia, su atuendo y ornato, así como su papel totalmente pasivo durante las celebraciones: la desposada, cubierta de joyas y trajes preciosos, debe permanecer inmóvil durante horas, expuesta a modo de ídolo a la admiración de quienes la contemplan. La descripción de una boda judía –el novio era uno de sus vecinos– ocupa un espacio similar o incluso más amplio que el dedicado a la ceremonia musulmana. Ambas descripciones, la boda musulmana y la judía, proceden claramente de la experiencia personal de la autora, lo que da un valor añadido a un muy notable documento sobre las celebraciones nupciales en Tánger.

Este tema es el más ampliamente tratado en todo el libro y, junto con otros ejemplos ya señalados, constituye una valiosa contribución al conocimiento de los usos sociales en una ciudad como Tánger, siempre, claro es, en un marco de cierto bienestar económico (Fort, 123-126, 130-141 y 203-215). Aunque otros viajeros contemporáneos y posteriores también se ocupan de estas ceremonias, ninguno llega a la precisión y detalle del texto de Glorvina Fort, que debió de tomar notas muy precisas de todo lo que pudo presenciar.

La descripción en sí trasluce una pretensión de objetividad; la mirada de la autora, como un objetivo fotográfico, retrata fielmente lo que ve. Pero hay momentos en los que no se resiste a intervenir y dar su opinión sobre lo que contempla; la ceremonia de la boda provoca su lamento por el destino de esas pobres mujeres, esclavas de sus padres o sus tutores varones, cuya opinión no se solicita cuando se negocia su matrimonio (Fort 138). Y, al referirse a las mujeres que contemplan el



«juego de la pólvora», introduce un breve repaso a las actividades de esas mujeres de buena posición, que no pueden montar a caballo, sólo viajan transportadas de forma pasiva sobre las bestias de carga, cuando van a los jardines cercanos a la ciudad lo hacen sobre burros que conducen varones, cuando salen a la calle llevan las dos manos ocupadas en sujetar sus jaiques y, en fin, sólo tienen diversiones como ir a las bodas o pasar ratos de asueto, los viernes, en los cementerios (Fort 197). Lo que provoca la conmisericordia de Glorvina Fort hacia las mujeres musulmanas es su falta de autonomía personal, tanto en los asuntos más importantes de su vida –la elección de pareja, el matrimonio– como en otros más cotidianos; sus propias limitaciones personales y sociales, de las que tanto se lamenta, no la llevan, sin embargo, a una mayor empatía hacia estas mujeres, sino a una piedad expresada desde la conciencia de la propia superioridad moral.

Sobre este fondo de «mujeres de paisaje», descritas y presentadas como imágenes fijas comunes a todas ellas, destaca una única mujer individualizada, a la que Fort dedica una de sus cartas, en la que narra la visita a casa de «Lady Fatima». Esta señora estaba casada con un marroquí que había vivido en Gran Bretaña (muy probablemente, se trataba de un comerciante de buena posición, con lazos de negocio en Gibraltar). De su contacto con los ingleses ha aprendido algunas buenas lecciones; una de ellas es su matrimonio monógamo. Esto es una deducción de Fort, que parece pensar que, sin la influencia benéfica de los europeos, todos los marroquíes serían polígamos. La visita se describe, como Fort tiene acostumbrados a sus lectores, con gran lujo de detalles, que abarcan desde la indumentaria de la dueña de la casa, que acapara gran parte de las páginas que se le dedican, a la descripción de la sala de recepción, la etiqueta que rige esta clase de visitas (con sus obligatorios regalos), la presentación de los hijos de la pareja y el ofrecimiento a las visitantes (Fort había acudido con una de sus criadas judías) de té y dulces. La imagen que pinta Fort de la dueña de la casa es muy favorable: una mujer que recibe a sus visitantes con gran cordialidad y que, al despedirlas, les ruega amablemente que vuelvan tantas veces como deseen (Fort 160-168).

Pero a esta escena le falta algo: no se menciona ninguna conversación entre las dos mujeres, la tangerina y la norteamericana. Ello es tanto más sorprendente cuanto que la presencia de la criada judía se debe a su calidad de intérprete; Glorvina Fort no debía de estar muy segura de sus conocimientos de árabe o quizá la visita se produjo al comienzo de su estancia en Tánger. En cualquier caso, esa ausencia no debió de ser total. Al menos debieron de intercambiarse las fórmulas usuales de sociabilidad: preguntas, respuestas y comentarios sobre los niños, la casa, los dulces, las ropas que tanto interesaban a Glorvina Fort o las que ella llevaba y debían de ser, también, objeto de curiosidad para Fátima. Es decir, una conversación usual entre mujeres en esa época, no sólo musulmanas de Tánger, sino norteamericanas de Pensilvania. Si Fort no se hace eco de esa conversación, es porque, muy probablemente, no la consideraba importante para sus lectores; no creía que pudiera añadir nada a lo que ella estaba ya ofreciendo: un retrato fiel y minucioso del aspecto exterior de una mujer musulmana. Se establece, así, una jerarquía de conocimiento entre observadora y observada que no es privativa de Fort. Una escena muy similar puede leerse en el diario de la madre de Elizabeth Broughton, Elizabeth Blanc-



kley, en 1806, cuando visitó a la esposa del dragomán del consulado británico en Argel, que acababa de casarse; la mujer del cónsul dedica varios párrafos a describir el atuendo de la recién desposada y sus rasgos físicos, pero de su relato se desprende que no mantuvieron ninguna conversación (Broughton 7-8). No era necesario; como dice ella misma, ya había satisfecho su curiosidad.

Hay otras mujeres a las que Glorvina Fort dedica una especial atención y que merecen ser mencionadas, aunque sea brevemente. Su presencia pertenece al ámbito más cotidiano de la vida de Fort: el entorno de occidentales residentes en Tánger y vinculados en mayor o menor medida con la actividad de los cónsules. Junto a unas breves referencias a las hijas del cónsul británico, dos figuras adquieren una importancia singular en el relato. La primera de ellas es tan elusiva como la propia Glorvina Fort, que se refiere a ella como «miss A.O.» Nunca llegará a conocerla personalmente: por primera vez la ve, de espaldas, yendo hacia el huerto del consulado norteamericano. La misteriosa A.O., acompañada de un hermano y de su profesor de francés, se dirigía al del consulado danés y su porte llamó poderosamente la atención de Fort. Advertida de su identidad y sus prendas de carácter, Glorvina desea ardientemente conocerla y trabar amistad con ella; pero el destino, en forma de amores trágicos, se interpone entre las dos. Miss A.O., cuyo noviazgo con su profesor de francés, aristócrata exiliado, no es consentido por sus padres, que consiguen que sea expulsado de Tánger, muere de pena y Glorvina Fort se lamenta sentidamente de su pérdida. La existencia de esta joven anónima (de las alusiones de Fort podría deducirse que pertenecía a la familia de un cónsul del norte de Europa, pero ni el danés ni el sueco de esa época tenían un apellido coincidente con esa inicial), que a primera vista parece demasiado literaria para ser cierta, es corroborada, no obstante, por otro viajero que estuvo en Tánger por entonces. En efecto, el capitán Beauclerk, de la guarnición de Gibraltar, la conoció en un baile de máscaras en Tánger en 1825, y visitó su tumba en el cementerio consular, la misma que describe Glorvina Fort, en 1826 (Beauclerk 23-24; Fort 288). La figura de miss A.O. es una especie de fantasma quimérico en el que Glorvina Fort depositó la esperanza de romper las barreras de su soledad tangerina; su expectante ansia por conocerla la lleva a amarla en la distancia antes de su muerte y su recuerdo reaparece esporádicamente en las cartas, que registran la posterior fortuna de la familia, abatida por la desgracia.

Igualmente fugaz es el encuentro con la otra figura de mujer que Glorvina Fort escogió para incluir en su relato. A diferencia de la apenas entrevista A.O., se trata de un personaje bien documentado: lady Jane Franklin (1792-1875). Aunque no publicó ningún relato sobre sus viajes, Jane Franklin fue una de las grandes viajeras inglesas del siglo XIX, conocida sobre todo por las expediciones al Ártico que organizó en búsqueda de la que, dirigida por su marido, el oficial de marina John Franklin, se había perdido allí en 1848. Entre 1830 y 1833, mientras Franklin estaba al mando de una fragata inglesa destinada en el Mediterráneo, su esposa se dedicó a viajar por las costas de Siria, Turquía y el norte de África (Robinson 92-93; Cooke).

Fue en una de estas travesías cuando, acompañada por un matrimonio de Boston, Jane Franklin llegó a Tánger en un velero en el que la pareja, recién casada, viajaba por el mundo en su luna de miel. El contacto de Glorvina Fort con lady Franklin no duró mucho, pero fue suficiente para que quedara impreso en su memo-





ria: era una mujer sola, independiente y afable, para la cual «aparentemente, viajar era tan fácil, si no más, de lo que es, para algunas señoras que conozco, quedarse en casa» (Fort 280-281)⁶. Fort pudo disfrutar de la compañía de lady Franklin durante un paseo hasta el jardín del consulado norteamericano y una velada posterior en el británico: su personalidad y, sobre todo, su destino viajero (al día siguiente partía por tierra para Tetuán, viaje peligroso y difícil para una mujer, anota Fort, y planeaba recorrer la costa norteafricana) representaban para ella una trayectoria inalcanzable y que, quizá, hubiera deseado poder emular, como ejemplo de una forma de vida libre de trabas y sujeciones. Más corpórea que miss A.O., la figura de lady Franklin, apenas esbozada, se sitúa en el mismo plano de los anhelos imposibles de Glorvina Fort. En todo caso, con ambas, aunque en planos diferentes, establece una comunicación que con «Lady Fatima» no se había producido. Sí, por el contrario, con uno de los guardias del consulado, un tal Gayaty; un viejo soldado al que se solía recurrir para trabajos de índole diversa y que, en una ocasión, dio muestras de gran lealtad hacia la propia Glorvina Fort: fue él quien pasó la noche en el consulado para protegerla de eventuales peligros cuando se quedó sola en Tánger mientras se preparaba la partida de caza a la que se habría de incorporar al día siguiente. Pues bien, Gayaty debió de ser algo más que un fiel guardián. Fort hace constar que era mucho más comunicativo respecto a los usos y costumbres de sus paisanos de lo que eran los demás guardias, por lo cual es probable que le sirviera de fuente de información; parece que se comunicaban en árabe (Fort 250, 268, 286). Lo curioso del caso es que Gayaty pertenecía a la cofradía de los *'isāwa*, cuyos rituales despertaban gran rechazo entre los occidentales que las presenciaban por su carácter extático y violento (Mateo 262-264). Muy razonablemente, Glorvina Fort, que había llegado a conocer y apreciar el carácter de Gayaty, uno de los mejores servidores que nunca habían tenido en el consulado, concluye que incluso entre ellos pueden encontrarse hombres buenos y honrados (Fort 268). En esta relación, la jerarquía social entre ama y criado es, paradójicamente, la que permite a Fort establecer un área de contacto con su subordinado; con una mujer como lady Fatima, con la que *a priori* debía de tener más cosas en común, la distancia era infranqueable y la jerarquía entre ellas se rige, para Fort, no por una posición social, sino por la incapacidad de superar el abismo cultural que las separa. De franquearlo, Glorvina Fort se habría encontrado tratando de igual a igual a lady Fatima, lo cual habría destruido la conciencia de su propia superioridad como mujer occidental.

No fue el suyo un caso aislado; muchas otras viajeras posteriores a ella experimentaron la misma dificultad para establecer una relación igualitaria con mujeres musulmanas. Para no dejar el espacio marroquí, todavía un siglo después de Fort, la visita de Aurora Bertrana (1892-1974) a las mujeres del bajá de Arcila en 1936 le produjo una similar impresión: al salir del palacio donde vivían reconoce que no ha visto nada más que el barniz exterior de la realidad de esas mujeres, «els decorats,

⁶ «Travelling to her was apparently as easy, if not more so, than staying at home is to some ladies that we know of».

les riquezes, els refinaments...» (Bertrana 75-78; Nogué 103; Marcillas). Habría que esperar algo más para que Elizabeth Fernea, otra «viajera accidental», norteamericana como Glorvina Fort, hiciera de sus relaciones con sus vecinas de la medina de Marrakech un relato de amistad, conflictos y convivencia entre mujeres⁷.

CONCLUSIONES

Para apreciar en su valor la obra de Glorvina Fort, es necesario situarla en el contexto de la literatura de viajes a Marruecos de su época. Entre 1800 y 1830 hay escasos ejemplos de esta clase de textos: pueden señalarse los de dos médicos británicos, James Curtis y John Buffa, que estuvieron en Marruecos en 1801 y 1810, respectivamente; James Grey Jackson, agente diplomático y comercial en Mogador durante un largo periodo, que publicó una excelente obra de conjunto sobre Marruecos en 1809, y el capitán de la guarnición de Gibraltar Georges Beauclerk, que fue el único que estuvo en Tánger cuando Glorvina Fort vivía allí. Esto, en lo que se refiere a obras publicadas en inglés y que, por tanto, podrían haber sido más accesibles a Fort. En esa misma época, sólo se conoce la relación de viajes de un francés, Charles Cochelet, que pertenece al género de relatos de naufragios, y que en seguida se tradujo al inglés, en 1822; de la primera edición, en francés (1814), de los viajes de Ali Bey (Domingo Badía) pronto se hizo una traducción inglesa, pero es poco probable que Fort conociera la obra del también español Tomás de Comín, que estuvo en Tánger en 1822.

En este pequeño grupo, la obra de Glorvina Fort se define, no sólo por ser su autora una mujer, lo que ya de entrada le da un claro carácter de excepcionalidad, sino también por otras razones. En un panorama de gran heterogeneidad, el texto de Fort destaca por las características que ya se han señalado: una mirada muy condicionada por una religiosidad que regía sus opiniones morales y éticas, una perspectiva centrada en la domesticidad del espacio y una mirada detallista y perspicaz. Pero su visión abarca cuestiones que desbordan este marco: pulsa el palpito de la ciudad, sus sonidos, sus transeúntes; observa las fórmulas que rigen, por ejemplo, el acceso al agua de una fuente pública, describe la miseria en la que vive gran parte de la población, señala la posición de los negros en la sociedad marroquí —no se olvide que su libro se publica en lo que se conoce como el periodo *antebellum* de la historia de los Estados Unidos— o se sorprende ante la aparente falta de jerarquía en una sociedad cuyos miembros llevan el mismo tipo de atuendo y en la que un esclavo negro podía llegar a ser ministro del sultán. Fort desconoce los mecanismos profundos que rigen esa sociedad, pero no carece de poderes de observación.

⁷ Elizabeth W. Fernea (1927-2008) vivió en Iraq, Egipto y Marruecos con su marido, el antropólogo Robert A. Fernea. Sobre su experiencia en Marruecos escribió *A Street in Marrakech. A Personal Encounter with the Lives of Moroccan Women* (New York, 1975), siendo también autora de muchas otras obras y documentales sobre las mujeres en el mundo árabe-musulmán.



Muy al contrario, sus meticulosas descripciones son un tesoro de información etnográfica que debería ser tenido en cuenta más de lo que lo ha sido hasta ahora. Del mismo modo, sus impresiones sobre la vida social de los cónsules en Tánger (que no ha sido posible presentar aquí por razones de espacio) constituyen un inapreciable documento para conocer los entresijos de la presencia de europeos y norteamericanos en Tánger en esos años.

Fort era una gran observadora; pero no le fue posible ir más allá y establecer puentes de comunicación con los musulmanes de Tánger. Como ella misma dice en su obra, los europeos no frecuentaban la «semi-civilized company of the natives» (Fort 191-192) y, menos aún, consideraban posible una relación de amistad con alguno de ellos. Para ella, la relación jerárquica (civilización/semicivilización) entre el observador y su objeto de observación tiene tanta o más importancia que su mirada de mujer y en eso sí se inserta, muy cómodamente, en la literatura de viajes occidentales de este periodo.

RECIBIDO: 11 de febrero de 2021; ACEPTADO: 30 de julio de 2021



BIBLIOGRAFÍA

- ABITBOL, Michel. *Histoire du Maroc*. Paris: Perrin, 2009.
- BAEPLER, Paul. «The Barbary Captivity Narrative in American Culture». *Early American Literature*, 39.2 (2004), pp. 217-246 (<https://www.jstor.org/stable/25057349?seq=1>).
- BEAUCLERK, George. *Journey to Morocco in 1826*. London: Poole and Edwards, 1828 (<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc2.ark:/13960/t75t3jf04&view=lup&seq=11&q1=dance>).
- BERTRANA, Aurora. *El Marroc sensual i fanatic*. Barcelona: Edicions Mediterrània, 1936.
- BLUM, Hester. «Pirated Tars, Pirated Texts: Barbary Captivity and American Sea Narratives». *Early American Studies*, 1.2 (2003), pp. 133-158 (<https://www.jstor.org/stable/23546473?seq=1>).
- BROUGHTON, Elizabeth. *Six Years Residence in Algiers*. London: Saunders and Otley, 1839 (<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=hvd.32044018734400&view=lup&seq=19&size=125>).
- CABALLER DONDARZA, Mercedes. «De Kate Field a Martha Gellhorn, buscando un espacio propio». *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, monográfico «Escritos de viaje estadounidenses sobre España», 38 (2019), pp. 15-29 (<https://riull.ull.es/xmlui/handle/915/13032>).
- CERAROLS, Rosa y LUNA, Antoni. «Gendering Colonial Writing: The Experiences of the Spanish Morocco (1859-1936)», en Raibaud, Yves y Marius, Kamala (dirs.), *Genre et Construction de la Géographie*. Pessac: Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine, 2013, pp. 53-70 (<https://books.openedition.org/msha/4708?lang=es>).
- CHIPULINA, Neville. «The People of Gibraltar. 1850–G. Fort-Coos-Coo-Soo» (<https://gibraltar-intro.blogspot.com/2016/10/1850-g.html>).
- COHN, Bernard S. *Colonialism and its Forms of Knowledge. The British in India*. Princeton: Princeton University Press, 1996.
- COLBERT, Benjamin. *Women's Travel Writing, 1780-1840. A Bibliographical Database* (<https://btw.wlv.ac.uk/>).
- COOKE, Alan. «Griffin, Jane (Franklin, Lady Franklin)». *Dictionary of Canadian Biography Online*. (http://www.biographi.ca/en/bio.php?id_nbr=5011).
- EASTLAKE, Lady Elizabeth Rigby. «Lady Travellers». *The Quarterly Review*, 76 (1845), pp. 98-137 (<http://digital.library.upenn.edu/women/eastlake/quarterly/travellers.html#n1>).
- FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ, Carmen. «Francisco Fernández Golfín, los años del exilio (1823-1831)», en *Actas de las IV Jornadas de Almendralejo y Tierra de Barros (9-10 noviembre 2012)*. Almendralejo: Asociación Histórica de Almendralejo, 2013, pp. 13-84.
- FORT, G[lorvina]. *Coos-Coo-Soo. Letters from Tangier, in Africa*. Philadelphia: J.S. M'Calla, Printer, 1859.
- FORT, Glorvina. *Our Twenty Helps and Why We Parted*. Philadelphia, 1881.
- GARCIA RAMON, Maria Dolors. «Viajeras europeas en el mundo árabe. Un análisis desde la geografía feminista y postcolonial». *Documents d'anàlisi geogràfica*, 40 (2002), pp. 105-130 (<https://ddd.uab.cat/pub/dag/02121573n40/02121573n40p105.pdf>).
- GAUL, Ann M. *Kitchen Histories in Modern North Africa*. Ph.D., Georgetown University, 2019 (https://repository.library.georgetown.edu/bitstream/handle/10822/1055996/Gaul_georgetown_0076D_14382.pdf?sequence=1&isAllowed=y).



- GROSRICHARD, Alain. *Structure du sérail. La fiction du despotisme asiatique dans l'Occident Classique*. Paris: Ed. du Seuil, 1979.
- HALL, Luella J. *The United States and Morocco, 1776-1956*. Metuchen, N.J.: The Scarecrow Press, 1971.
- LAW OF THE COMMONWEALTH OF PENNSYLVANIA. Harrisburg: Theo Fene, 1838 (<https://books.google.es/>).
- LEONARD, John William, ed. *Woman's Who's Who of America 1914-1915*. New York: The American Commonwealth Company, 1914 (<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=wu.89080103955&view=lup&seq=7>).
- MARCILLAS PIQUER, Isabel. «La visión del harén en la prosa de las viajeros europeas: entre la seducción y el rechazo. El caso especial de Aurora Bertrana (1892-1974)». *Revista de Filología Románica*, 32 (2015), pp. 225-238 (<https://revistas.ucm.es/index.php/RFRM/article/view/55021/50148>).
- MARÍN, Manuela. «Mujeres, burros y cargas de leña: imágenes de la opresión en la literatura española de viajes sobre Marruecos», en Rodríguez Mediano, Fernando y Felipe, Helena de (eds.), *El protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*, Madrid: CSIC, 2002, pp. 85-110.
- MATEO DIESTE, Josep Lluís. *Salud y ritual en Marruecos. Concepciones del cuerpo y prácticas de curación*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2010.
- MIÈGE, Jean-Louis y BOUSQUET, Georges. *Tanger porte entre deux mondes*. Paris: ACR, 1992.
- MURPHY, Dervla. «Introduction», en *Embassy to Constantinople. The Travels of Lady Mary Wortley Montagu*. London: Century, 1988.
- NANCE, Susan. *How the Arabian Nights inspired the American dream, 1790-1935*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2009.
- NOGUÉ I FONT, Joan; ABET I MAS, Abel; GARCIA RAMON, Maria Dolors; RUIDOR, Lluís. «Orientalisme, colonialisme i gènere. *El Marroc sensual I fanatic d'Aurora Bertrana*». *Documents d'anàlisi geogràfica*, 29 (1996), pp. 87-107 (<https://ddd.uab.cat/pub/dag/02121573n29/02121573n29p87.pdf>).
- ROBERTS, Priscilla H. «Nineteenth Century Tangier: Its American Visitors: Who They Were, Why They came; What They Wrote», en *Tanger 1800-1956. Contribution à l'histoire récente du Maroc*. Rabat: Université Mohammed V, 1991, pp. 135-167.
- ROBINSON, Jane. *Wayward Women. A Guide to Women Travellers*. Oxford: Oxford University Press, 1991.
- ROMERO MORALES, Yasmina. *Moras. Imaginarios de género y alteridad en la narrativa española femenina del siglo XX*. Madrid: Plaza y Valdes, 2019.
- ROUETTE, Anne. «Gender Stereotypes in Some Romantic Travelogues (and How to Use Them)». *E-rea. Revue électronique d'études sur le monde anglophone*, 14 (2016), mis en ligne le 15 décembre 2016, consulté le 31 décembre 2020 (<http://journals.openedition.org/erea/5596>).
- SANTANA QUINTANA, María del Pino. «Quimeras de Oriente. Edith Wharton en Marruecos». *Philologica Canariensis. Revista de Filología de la Universidad de las Palmas de Gran Canaria*, 18-19 (2012-2013), pp. 115-132 (<https://acceda.cris.ulpgc.es/handle/10553/15616>).
- SCHRIEBER, Mary Suzanne. «Assuming a Public Voice: The Travel Writing of Margaret Fuller and Harriet Beecher Stowe», en Royot, Daniel y Goodman, Susan (eds.), *Femmes de conscience*.



Aspects du féminisme américain (1848-1875). Paris: Presses Sorbonne Nouvelle, 1994, pp. 127-148 (<https://books.openedition.org/psn/4715?lang=es9>).

SIMOUR, Lhoussain. «The White Lady Travels: Narrating Fez and Spacing Colonial Authority in Edith Wharton's *In Morocco*». *Hawwa*, 7 (2009), pp. 39-56.

THOMAS, Charles W. *Adventures and Observations on the West Coast of Africa*. London: Binns and Goodwin, 1864 (<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc2.ark:/13960/t9k35pt8c&view=lup&seq=6>).

THOMPSON, Carl. «Journeys to Authority: Reassessing Women's Early Travel Writing, 1763-1862». *Women's Writing*, 24 (2017), pp. 131-150 (<https://doi.org/10.1080/09699082.2016.1207915>).

THOMSON, Ann. *Barbary and Enlightenment. European Attitudes towards the Maghreb in the 18th Century*. Leiden: E. J. Brill, 1987.

TULLY, Miss. *Narrative of a Ten Years' Residence at Tripoli in Africa*. London: H. Colburn, 1817 (<https://catalog.hathitrust.org/Record/001605357>).



